



## Los países ricos cierran los ojos ante el aumento global de Covid bajo su propio riesgo

Traducción del artículo original publicado por The Guardian  
Laura Spinney<sup>1</sup>

*El número de muertos por la pandemia se siente ahora más gravemente en los países en desarrollo. Este virus aún no ha terminado*

¿Hay una pandemia o dos? Esa fue una pregunta que se hizo hace un año, cuando los países ricos que representan solo el 15% de la población mundial tenían el 80% de las muertes por Covid. ¿Podría ser que el mundo rico era más vulnerable, de alguna manera, porque sus poblaciones eran mayores, o más individualistas, o se habían olvidado de tener miedo a las enfermedades infecciosas?

Incluso entonces, algunos advirtieron que lo peor estaba por venir, una vez que la enfermedad se apoderara de los países más pobres. Los analistas del Banco Mundial Philip Schellekens y Diego Sourrouille, por ejemplo, predijeron un “cambio masivo” en la carga de morbilidad del mundo en desarrollo. Solo en términos de demografía, dijeron, se esperaría que esos países representen alrededor del 70% de las muertes. Tal como están las cosas, representan un poco más de la mitad, lo que probablemente sea una subestimación debido a las variaciones en la calidad de los datos, y la pandemia está lejos de terminar.

La semana pasada vio más de 5,8 millones de casos nuevos de Covid en todo el mundo, el número más alto hasta el momento. Más de 3 millones de personas han muerto a causa de Covid, según la Organización Mundial de la Salud (OMS), que también informa que las infecciones y hospitalizaciones en las personas de 25 a 59 años están aumentando a un ritmo alarmante. “Se necesitaron nueve meses para llegar a 1 millón de muertes, cuatro meses para llegar a 2 millones y tres meses para llegar a 3 millones”, dijo la semana pasada el director general de la OMS, Tedros Adhanom Ghebreyesus.

Los repuntes más pronunciados de las últimas semanas se han observado en el sudeste asiático, impulsados en gran parte por India, y las regiones del Mediterráneo oriental y el Pacífico occidental, pero la situación también es muy mala en América Latina. Se informa que las personas que emigraron a Brasil en busca de trabajo ahora están huyendo de la catástrofe humanitaria que se está desarrollando allí.

---

<sup>1</sup> Laura Spinney es periodista científica y autora. Su libro más reciente es *Pale Rider: The Spanish Flu of 1918 and How it Changed the World*



Las tasas de infección siguen siendo altas en muchos países ricos, incluidos los EE. UU y gran parte de Europa, pero el estado de ánimo es más optimista: a medida que se lanzan las vacunas, muchas personas sienten que lo peor ha pasado. Algunos estados de EE. UU. Han levantado precipitadamente sus mandatos de máscaras. El gobierno británico dio la señal más optimista que pudo pensar a principios de este mes, cuando volvió a abrir pubs. Y el Covid-19 se está deslizando hacia los titulares, reflejando no solo la fatiga por tener que respetar las reglas, sino también la fatiga ante la sola mención de la enfermedad. El miedo concentra la mente, pero el miedo se disipa; preferimos leer sobre la sordidez de los conservadores o la condenada Superliga europea.

Nuevamente, se le podría perdonar por preguntar, ¿hay una pandemia o dos? Solo que ahora la pregunta tiene un significado completamente diferente. Las cosas han cambiado.

En realidad, solo hubo una pandemia. Tendemos a pensar en ello en términos de impactos y respuestas nacionales, en el mejor de los casos regionales, pero para que tenga sentido hay que dar un paso atrás y mirarlo globalmente. A pesar de todas sus idiosincrasias, el Covid se mantendrá fiel a la escritura de al menos una forma: como las pandemias a lo largo de la historia, golpeará a los más pobres con más fuerza.

Dependiendo de dónde se encuentre, existen verdaderas razones para estar alegre. Las vacunas son eficaces para mitigar la enfermedad y cada vez hay más pruebas de que también ralentizan su propagación. Pero su implementación es extremadamente desigual. Una cuarta parte de los estadounidenses se han vacunado completamente hasta la fecha, en comparación con menos del 2% de los ghaneses. Un israelí tiene 20 veces más probabilidades de haber recibido una sola dosis de vacuna que un palestino, y todavía hay países que no la han administrado.

También hay desigualdad dentro de los países, en parte debido a las dudas sobre las vacunas. Una encuesta reciente de trabajadores de la salud de EE. UU. Mostró que el 48% aún no se había vacunado y el 18% no tenía la intención de hacerlo. En parte porque han visto relativamente pocas muertes por Covid a nivel local, la gente de Hong Kong se mantiene alejada de las clínicas de vacunación, una manifestación de la llamada "paradoja de la prevención".

Los recientes aumentos de casos y muertes se deben en parte a la propagación de nuevas variantes de Covid. Todos estos son más transmisibles que la forma original, detectada por primera vez en China, y algunos de ellos son más letales. Hay buenas razones para esperar que las vacunas continúen actuando en su contra, o que puedan actualizarse para hacerlo, pero mientras tanto, las variantes, combinadas con el lento lanzamiento de las vacunas, están llevando a los frágiles sistemas de salud al límite.

Sin oxígeno, por ejemplo, es imposible tratar a un paciente con Covid gravemente enfermo, pero hay una escasez global de gas. En Perú, donde los hospitales están en crisis, Médicos Sin Fronteras informa que "la gente en muchas ciudades hace cola durante la noche y duerme en la calle para



llenar sus tanques de oxígeno de los pocos reservorios en funcionamiento, con la esperanza de cuidar a sus familiares en casa”. Cuando un sistema de salud está paralizado, los pacientes que no son de Covid tampoco pueden recibir tratamiento y los recursos se absorben de las campañas de salud pública a más largo plazo, lo que significa que la carga de enfermedades como el VIH y la malaria puede aumentar. En otras palabras, la demografía no es la única razón de la continua vulnerabilidad del mundo en desarrollo.

La instalación de Covax, que fue diseñada para contrarrestar el nacionalismo de las vacunas, tiene como objetivo obtener una primera dosis de vacuna para al menos el 20% de la población de cada país participante para fines de 2021, aunque ahora parece que no alcanzará ese objetivo. Incluso si alcanza su objetivo, dado que se considera que es probable que menos de una cuarta parte de la población mundial haya adquirido inmunidad a través de una infección natural hasta la fecha, eso dejará al menos a la mitad susceptible a Covid a corto plazo.

La enfermedad todavía afecta principalmente a las personas mayores, y aunque los países ricos tienden a tener proporcionalmente más personas mayores que los más pobres, en términos absolutos hay muchas más personas mayores en el mundo en desarrollo. India, por ejemplo, tiene alrededor de tres veces más personas de 60 años o más que Japón, aunque en términos de su estructura de población, Japón es considerado el país más antiguo del mundo. Por lo tanto, las crecientes tasas de infección en el mundo en desarrollo presagian una carnicería absoluta, si no relativa, allí.

Todavía podemos esperar que el número mundial de muertes por Covid en 2021 no supere el de 2020, ya que las vacunas hacen su trabajo, incluso si está lejos de ser un hecho. Pero podemos estar seguros de que los países más pobres contribuirán con la mayoría de las muertes por Covid de este año. Ese solo pensamiento debería hacernos reflexionar, y además debemos recordar que los países ricos no son inmunes a lo que sucede más allá de sus costas. El Covid desenfrenado en países como India y Brasil dará forma a la evolución del virus y podría provocar el surgimiento de nuevas variantes aún más peligrosas, que ni nuestras fronteras ni nuestras vacunas están garantizadas para mantener fuera. Por eso es demasiado pronto para dormirnos en los laureles y por qué la equidad de las vacunas es tan importante, porque se trata de una pandemia, es decir, es mundial.